

Y la razon está clara, porque aquellos estudios son para enseñar, y los ejercicios para obrar; y hay mucha diferencia de saber para enseñar, ó para hacer. Añado á lo dicho, que conozco á muchos que han hecho estos ejercicios, y yo he persuadido á muchos de mis discípulos, así religiosos como seglares, que los hagan, y no he conocido á ninguno que no haya sacado grande provecho de ellos para su alma, y que no confiese públicamente que no quisiera haber dejado de hacerlos por ninguna cosa del mundo. Y pluguiese á Dios que cuan grande es este tesoro, así le pudiésemos estimar; porque como sea de tanta importancia la oracion, y el método que en estos ejercicios se enseña sea tan á propósito, muchos con esta ayuda se han aprovechado más en breve tiempo, que otros en más largo sin ella. En suma, quien desea saber qué son ejercicios, no son otra cosa, que considerar con ánimo quieto y atento, los misterios de la fe, la ley y mandamientos de Dios y sus beneficios, la vida y muerte de Cristo nuestro Señor, examinar y reconocer la vida pasada, y deliberar y asentar lo que conviene para la que falta. Y el enemigo del género humano, como ve los grandes provechos que resultan de estos ejercicios, pone todas sus fuerzas para echarlos si pudiese del mundo. Pero en esto se echa de ver, que este negocio es de Dios, que con las persecuciones se adelanta y cobra tanta más fuerza, quanto con más fuerza es combatido. Todas estas son palabras de este piadoso y doctísimo prelado.

CAPÍTULO XVI.

CONCLUSION DE TODO LO DICHO EN ESTA PRIMERA PARTE DEL CAMINO ESPIRITUAL.

HEMOS dicho de las persecuciones que se levantaron al principio contra los ejercicios, y de las causas de ellas; y no sé si la mayor y más peligrosa persecucion es la que padecen el dia de hoy, que es no tener ninguna. Porque parece que es señal de haber perdido su virtud la medicina, cuando se aplica á la llaga y no causa dolor, pues no hay quien se queje de ella; y estas armas se deben de haber hecho cobardes, pues no hay enemigos que peleen contra ellas: y si lo están, no es por falta de ellas, sino por falta del brazo que las menea. Cuatro cosas son las que nuestro santo Padre pide á los de la Compañía quanto á este propósito. La primera, que tomen experiencia de estos ejercicios en sí mismos, ejercitándose por ellos. La segunda, que se acostumbren y cobren destreza en darlos á otros. La tercera, que los entiendan y sepan dar razon de ellos. La cuarta, que de tal manera den razon de ellos, que despierten el deseo de hacerlos. Y esto postrero de mover y persuadir á otros á que hagan los ejercicios, ordinariamente nace de entender la fuerza que tienen y de saber dar razon de ellos. Y aunque para entenderlos no poco ayuda el estudio y leccion del libro, pero como tiene más de práctica que de especulacion, lo que principalmente ayuda es la experiencia, y en primer lugar la que cada uno cobra en sí mismo, y despues la que saca de darlos á otros. Y por

el contrario, de no haberlos experimentado cada uno en sí mismo, nace la poca aplicacion de darlos á otros; y quien no está aplicado á darlos, menos lo estará á persuadirlos y á moverlos á que los hagan. Pues luego, la primera clave de donde pende todo este negocio, es, que el que ha de persuadir á los demas á que hagan los ejercicios, y se los ha de dar, los haya primero probado en sí mismo; y por el consiguiente, el no haberlos probado en sí mismo, será una de las principales raices de no darlos á otros con fruto. En lo cual podemos temer no suceda lo que en algunas tierras flacas, que el trigo que se siembra viene á degenerar en centeno. Así tambien ó por culpa del que da los ejercicios, ó por negligencia del que los hace, ó porque los quiere hacer sin maestro y sacarlos por sí mismo del libro, los ejercicios que el santo Padre ordenó con tanta consideracion y luz del cielo, han venido á degenerar en unas sencillas meditaciones de los pecados, y de la vida y pasion de Cristo nuestro Señor, no advirtiendole que entre estas meditaciones están dispuestos con maravilloso orden todos los grados de la perfeccion, y todos los pasos del camino espiritual, y enseñados todos los modos de orar y de examinar la conciencia, y declaradas con grande luz las reglas de la prudencia y discrecion espiritual, para conocer y distinguir los movimientos interiores del buen espíritu y del malo, todo con tanta brevedad, que no es posible entender este camino si no se anda, ni es posible andarle sin guia y sin maestro.

Estos grados de perfeccion son los que corresponden á los tres estados de los incipientes, proficientes y perfectos, y están repartidos por todas cuatro semanas. Y para decir algo de ellos en general, son ciertos propósitos y dictámenes, que dispuestos por su orden, y ejerci-

tándose en ellos se viene á conseguir la perfeccion, como son el deseo de alcanzar el último fin; la indiferencia á todas las cosas criadas, así prósperas como adversas; el aborrecimiento de los pecados con que nos descaminamos del último fin, por el amor desordenado de alguna criatura; la determinacion de imitar á Cristo nuestro Señor; el amor de su cruz; el abrazar su doctrina, que nos persuade á la pobreza de espíritu, al desprecio de la honra, y á la humildad del corazon; el deseo de cumplir la divina voluntad, anteponiéndola del todo á la nuestra, sin excepcion alguna; la resolucion de no tomar ni desear cosa alguna, si no fuere por motivos del mayor servicio y gloria divina; y, en caso que sea igual la gloria de Dios, desear en este mundo antes lo adverso que lo próspero, por ser más semejantes á Cristo nuestro Señor; y otros propósitos semejantes, que son como grados por donde se va subiendo á la union con Dios.

Pues ¿qué será segun esto tener oracion por los ejercicios, sino ejercitarse con fervor y con instancia, para subir por estos pasos á la perfeccion, ayudándose de los modos de orar, conforme á las reglas de este libro, para conseguir estos santos afectos y propósitos que deseamos; escogiendo entre las varias materias que hay de meditacion la que más nos puede ayudar para nuestro intento; y ayudándonos de las reglas de discrecion para distinguir entre el espíritu bueno y el malo, para abrazar al que fuere conocido por bueno, y hacer resistencia por el contrario al malo?

¡Oh, qué pocos hallarémolos por ventura que tengan oracion por los ejercicios, si los medimos con esta regla y los examinamos por este nivel! Y en la verdad, éste es todo el intento de este libro, y el modo de ejercitarse que nuestro santo Padre nos enseña por el discurso de

las cuatro semanas, y principalmente en la segunda, donde trata de los dictámenes de la buena eleccion, calificando por hombre espiritual aquél tan solamente, que vencidas todas las aficiones desordenadas, y cerrando los ojos á cualesquier intentos é intereses temporales y humanos, se gobierna por motivos superiores, y por razones sacadas del mayor servicio y gloria divina. ¡Oh, cuánta lástima es ver que nuestro santo Padre nos propone un camino tan alto y tan seguro para la perfeccion y tan propio de nuestra vocacion, y tan acomodado á nuestro Instituto, y con medios tan eficaces para pasar siempre adelante en él; y que estemos tan faltos del aliento que desmayemos; ó tan remisos y tibios que á cada paso nos detengamos; ó tan poco atentos al fin que pretendemos, que con cualquiera ocasion nos divirtamos; ó tan ignorantes que del todo no le sepamos! Y habiendo de estar tan ejercitados en él, que pudiésemos guiar á nuestros prójimos á toda la perfeccion que con la gracia de Dios pueden alcanzar, si nosotros nos quedamos al principio, ¿cómo podremos guiar á los demas hasta el fin? Bien es verdad, que entre los seglares no son muchos los que pueden hacer todos los ejercicios enteramente; porque ó les falta el ingenio y la capacidad; ó les falta el tiempo por sobra de negocios y de ocupaciones; y lo que es más ordinario, les falta el aliento para tanta perfeccion. Pero ¿qué excusa tendríamos los religiosos, que dejamos el mundo y todas las pretensiones y esperanzas que podríamos tener en él, si del todo no nos aplicamos á vacar y atender á solo este negocio de nuestra perfeccion? Y si no nos falta la aplicacion, ¿como se podrá creer que falta la capacidad para las cosas del espíritu á los que Dios ha escogido para maestros de él, y por los cuales dijo el Salvador: A vosotros es concedido conocer los misterios del reino de Dios?

A los seglares les damos generalmente los ejercicios de la primera semana, por la necesidad que tienen de purificarse, y por la poca disposicion que tienen para otros sentimientos más espirituales, que aquellos que nacen de temor, y nosotros muchas veces no sabemos salir de estos mismos ejercicios, y pensamos que tenemos oracion de todas cuatro semanas, porque meditamos la materia de todas; pero en la verdad no la tenemos cuando no ponemos esfuerzo á conseguir el intento de ellas; y si le ponemos y nos ejercitamos por estos ejercicios, ¿dónde está el deseo de padecer injurias, falsos testimonios y afrentas, y de ser tenidos por locos, y si no por locos, á lo menos por inhábiles para las cosas grandes y para los cargos honrosos? ¿Dónde está el amor de la vestidura y librea de Cristo nuestro Señor, de aquella, digo, que él se vistió por nuestro mayor provecho espiritual, y para darnos el ejemplo que habíamos de imitar y seguir? Y si no llegamos á tener este amor á la librea de Jesucristo, ¿dónde está siquiera el deseo de tenerle, y el conato para alcanzarle, y los medios para conseguirle? Si tenemos oracion por los ejercicios, hase de echar de ver en el deseo de conocer, y ejecutar en todas las cosas la voluntad divina, y en no admitir en nuestras deliberaciones sino motivos espirituales para hallarla, estando tan prontos como aquellos serafines que vió Ezequiel, para ir y venir, y para volver y revolver, conforme á la mocion del espíritu divino. Pues ¿qué diré de las reglas de discrecion? porque ¿cómo se ayuda de ellas el que se deja vencer de tentaciones groseras y manifiestas, esto es (como lo declaró nuestro santo Padre en la anotacion nona) del temor mundano, y del amor de los bienes presentes? ¿Qué saca de los grados de humildad el que pelea por la honra? ¿Qué de la meditacion de las banderas

y de las tres clases el que está lleno de razones humanas, y con el sentimiento que de ellas concibe, se queja cada día de agravios? ¿Qué determinacion saca del ejercicio del llamamiento del rey temporal, el que en lugar de hacer guerra contra el amor sensual y mundano, la hace en su defensa? Claramente somos convencidos que no tenemos oracion por los ejercicios, cuando no convenimos en los primeros principios con ellos. Pues ¿cómo será posible que dé los ejercicios á los otros el que no los sabe? y ¿cómo los sabrá el que no los hace? y ¿cómo podrá platicar á los otros el ejercicio de las banderas y de los binarios, quien no sabe lo que se pretende con ellos? y ¿cómo sabrá su intento, quien no ha probado en sí mismo cuánta fuerza tengan aquellas meditaciones para conseguirle?

Visto hemos por experiencia que algunos otros religiosos ó seglares se han puesto en hacer los ejercicios y en darlos á otros, y no han salido con ello, no por otra causa, sino porque han pensado que el dar los ejercicios no es más que dar puntos para meditar; y así han salido con que sus ejercitantes estén encerrados, con que hagan mucha penitencia, con que tengan muchas horas de oracion; pero no les han puesto delante el blanco donde han de enderezar las penitencias, el encerramiento y la oracion. No les han enseñado la traza con que ha de subir este edificio desde los fundamentos hasta la cumbre; no les han descubierta los pasos de este camino espiritual para salir de sí mismos y llegar á Dios. Así se quedan con el cuerpo de los ejercicios sin darles vida y movimiento; con los materiales sin hacer edificio, siempre andando y no pasando adelante, ni acercándose al fin; esto es, siempre haciendo penitencia, y teniendo horas de oracion, sin crecer en las virtudes, faltos de instruccion, sin saber

donde han de entrar ni salir, y faltos de la luz para sí y para otros.

Esta luz para guiar en el ejercicio de las virtudes y en el camino de la perfeccion, es la que da nuestro santo Padre en este libro. Este es el tesoro que Dios ha depositado en estos ejercicios. Esta es la mina riquísima que ha encomendado á los de la Compañía que labren para enriquecer el mundo. Esta es la oficina donde se han fabricado tantos y tan excelentes obreros, que con tan buenos efectos han trabajado en el provecho y salud de las almas. Estas son las escuelas donde han estudiado los doctísimos doctores y maestros de nuestra Religion, que de palabra y por escrito han alumbrado el mundo. Esta es la sala de armas que tiene esta Compañía, donde se han armado los valerosos soldados que han hecho guerra al demonio, y peleado hasta derramar su sangre en defensa de la verdad. Esta es la botica de donde los médicos sabios y prudentes han sacado las medicinas en su peso y medida, para curar tan varias enfermedades y dolencias, como son las que las almas padecen. Este es el camino por donde se ha derramado la luz sobre la tierra, y los arcaduces y caños por donde se nos ha comunicado tan copiosamente el agua de la divina gracia. Por este medio hemos visto en nuestros días la Compañía fundada y extendida por todo el mundo; y que ha prevalecido contra tantas persecuciones y contradicciones, con tantos hijos que han florecido en santidad y pureza de vida, en discrecion y prudencia espiritual, en letras humanas y divinas, en industria y valor para empezar y acabar cualquier negocio del servicio de Dios. Y lo que no es de menos estima, se han señalado en el desprecio de sí mismos, y de todas las cosas que el mundo tiene por grandes, y tales que los han tratado

y comunicado, los han conocido y confesado por ministros escogidos de Dios para el bien de sus almas; de los cuales han esperado luz y direccion y remedio de sus necesidades espirituales; y le han hallado como le esperaban.

Cosa seria vana y muy perjudicial, si pensásemos que este tesoro le ha ganado la Compañía por medios humanos. Pues así como cuando alguna ciudad goza con abundancia de agua en las plazas públicas, y en las calles y casas particulares, importa sumamente tener conocidas las fuentes de donde mana, y los mineros por donde se comunica, por no venir con el tiempo á perderla; así tambien me parece á mí, que los que hemos conocido en la Religion tanta santidad con tanta doctrina, tanto fervor con tanta prudencia, tanta autoridad con todo género de personas y en todo género de negocios con tanta humildad, y finalmente tanto trato con los prójimos con tanto recogimiento y trato con Dios, para no perder lo que al presente gozamos importa sumamente saber los medios por donde la divina bondad ha comunicado á la Compañía en estos sus principios tanta gracia; que no son otros (para usar de las palabras del santo Padre) *sino los medios de bondad y virtud, y especialmente de caridad y pura intencion del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devocion, y el celo sincero de las almas para gloria del que las crió.* Y para insistir en la misma semejanza que decíamos, así como en ciudad cuando hay falta de agua, los que la padecen y sienten ponen grande cuidado en buscar las fuentes, en medir y nivelar la tierra y buscar el camino por donde han de llevar el agua á su ciudad; y los que suceden á estos, como gozan del agua en abundancia, suelen descuidarse en reconocer las fuentes y los caminos por donde viene y por el consiguiente, si acaso la pierden no

saben buscarla, ni aciertan á hallarla; de esta misma manera le sucedió á nuestro santo Padre, y nos puede suceder á nosotros. Porque considerando el Santo la sequedad que habia en toda la tierra, con el celo que tenia de la honra de Dios y del provecho de los prójimos, ordenó estos ejercicios con mucho cuidado y grande consideracion; que fué tanto como nivelar y medir todo el camino que hay desde nosotros á Dios, y quitar los impedimentos y estorbos de nuestras afecciones desordenadas, para que libremente se nos comunicase el agua tan deseada de la divina gracia. Pero nosotros que gozamos de este beneficio, si no reconocemos la fuente y conservamos los medios, perderemos sin duda el agua con poca esperanza de recobrarla.

Esto me ha movido á mí, que soy el menor de esta santa Compañía, y el más imperfecto que hay en ella, y que por haber tenido algunos años este libro en las manos, tengo obligacion de haber notado algunas cosas en él, á poner en escrito lo que se me ha ofrecido, para dar ocasion á otros, que están mucho más adelante en la inteligencia y experiencia de estos ejercicios, á que comuniquen á sus hermanos lo que les hubiere dado á sentir Dios nuestro Señor acerca de ellos. Y porque en esta primera parte solamente hemos tratado del fin de estos ejercicios, que son ciertos grados por donde se sube á la perfeccion, y de las calidades que ha de tener el que da los ejercicios y el que los hace, resta que en la segunda parte digamos de los ejercicios particulares de que nos hemos de ayudar para conseguir estos grados de perfeccion, discuriendo por su orden por todas las cuatro semanas.

